

Final de Curso

Quena Rebeca Ríos Espejo¹

1. Profesora de Estado en la Asignatura de Castellano, Copiapó, Chile,
E-mail: kereri@gmail.com

Primer lugar en el Concurso de Cuentos organizado por la I. Municipalidad de Copiapó, noviembre 2003.

En alguno que otro momento, el chirrido de los frenos, las sacudidas del viejo microbús, las bromas y risas de sus compañeros, lo forzaban a percibir el entorno. La opulenta luz y tibieza del mediodía primaveral también a ratos se filtraban en su conciencia, haciendo retroceder la masa oscura que empezaba a invadir el flujo de sus pensamientos. Parecía fijar la mirada en todas las cosas que se deslizaban tras el vidrio de la ventanilla, lo que era sólo una evasiva para aislarse y dejarse llevar muy adentro, donde otra sucesión de imágenes y palabras ejercía su ineludible magnetismo. Pero aun así, distante, lo alcanzaban los suaves mensajes de amistad que Marcela le enviaba a través de sus ojos claros desde el apretujamiento en el pasillo cerca de la puerta de acceso. Sintió nostalgia de los minutos en que ambos solían departir joviales durante los recreos, ocasiones en que llegaba a olvidar la incomodidad del uniforme cada día más estrecho, también ciertas presiones, esforzándose para que su voz sonara llana, evitando los repentinos tonos agudos, burlones de su emergente virilidad, que lo hacían sonrojar. Desde una proximidad una pregunta cayó, acuciante, sobre él:

- 1 Oye Solís, ¿cómo te fue en esta prueba?
- 2 No sé...ni me importa...creo que me alcanza el promedio.

La grata evocación se había desvanecido, aventada por la demanda oficiosa, y otra ocupaba su espacio. Reminiscente, volvía a estar en el pupitre habitual, marco de su creciente desazón en los últimos días. Esa mañana había creído vislumbrar, sobrepuesto a la

rutinaria adustez de la profesora, un particular rictus de censura cuando ella distribuía la anterior evaluación y se había detenido junto a su banco, justo cuando él se volvía hacia Rossel para contestarle su cuchicheado aviso:

- 2 ¡A las cuatro compadre! ¡Tenemos que ganar!
- 3 No estoy seguro de poder venir...¡Suerte, gallo!

El fugaz diálogo había atraído el recuerdo de esas ocasionales alegrías: ir corriendo detrás de la pelota, animados por las frases chuscas e interjecciones de aliento del grupo, sentir el dominio de su cuerpo elástico al saltar, girar, combinar...

Con afectada displicencia había recibido la hoja de prueba, pero la cifra trazada en rojo sobre uno de los ángulos, fue una aguda punzada que rasgó esa ficción. Con las manos tensas rodeó sus sienes y frente al inclinarse sobre el amenazante presagio. Luego, recobrando energía, echó hacia atrás un caído mechón sosteniéndolo recio entre sus dedos, como para sostener el peso de sus recelos y poder afrontar el posible último desafío, materializado en el examen escrito que venía a continuación.

Durante los prolongados minutos destinados al desarrollo de éste, habían tintineado los relojes pulsera definiendo impasibles los cuartos, las medias, las horas completas. Las cabezas bajaban, se erguían; algunos intercambiaban guiños o leves movimientos de labios. En el transcurso de ese tiempo lento, si bien solapadamente escurridizo, había tratado una y otra vez de distinguir la nebulosidad de su memoria los nombres, definiciones y

símbolos que esperaban los espacios en esas páginas blancas que sólo le insinuaban un vacío, le infundían casi un vértigo...

...Como aquella lejana vez frente a una enorme piscina, perturbado, como en otras ocasiones, por el vozarrón marcial, jactancioso, opresivo, instándolo mofador a que se lanzara al agua...

Con relámpagos de esperanza volvía a escrutar en su mente, reiterando la búsqueda de algún resquicio de claridad. Súbitamente, el timbre que marcaba el fin de la jornada matinal dejó oír sus agudas vibraciones. Como desplazándose desde un mal sueño a otro, oyó sobresaltado el ruido de sillas que sus compañeros hacían al apresurarse para ir a entregar las pruebas y partir. A medida que se apremiaba a los rezagados, iba comprobando con desaliento que apenas había escrito algunas frases y fórmulas. Siguió, lento, a los últimos que salían. Afuera, mientras caminaba ajeno al creciente calor cenital, iba presumiendo cómo serían las próximas horas cuando esa misma voz lo interrogara acerca de su promedio anual.

- 4 ¡Apurémonos antes de que parta la micro! – gritó uno, animoso, eufórico.

Se incorporó, abstraído, a la banda de muchachos que corrían hacia el atestado vehículo, ansiosos muchos por llegar a la céntrica plaza, lugar habitual de solaz y plática para comentar los menudos sucesos del día, participar en las chanzas típicas del período, o reanimar tiernas amistades.

Ahora, mientras el microbús hacía su lento trayecto por las estrechas avenidas y concurridas calles de la urbe provinciana iba sintiendo que las garras de la angustia se debilitaban en su pecho cediendo a la invasión de una fuerza que lo empujaba a una obligada colisión. Cada vez más ausente de las conversaciones y jocosidades del grupo, se dejaba llevar por la vehemencia de ese impulso que antes apenas se había insinuado en sus cavilaciones y que en estos instantes lo sentía intensificado como una potente y progresiva luz, anunciadora de la salida de un largo y ominoso encierro.

Sí, había llegado el momento de demostrar quien era él, su propia persona, Gabriel Solís, de enfrentar la rigidez, las decisiones inapelables, la indiferencia, los afanes competitivos. Sería el más valiente y nunca más un simple número de lista ni un proyecto ajeno, sólo él por sí y para sí mismo.

Al término del recorrido usual caminó rápido, aligerado por el soplo del arrojo que le infundía esta sentencia de emprender una aventura desconocida, arriesgada, pero resolutiva de su futuro. Abrió la puerta de su casa ansiando eludir alguna mirada indagadora. Desde la cocina, su madre lo sintió llegar y apresurando su quehacer le emitió su cálido saludo. Gabriel, sin acercarse, simulando despreocupación en la alterada y abatida voz, le respondió con premura mientras subía a su cuarto, anhelante, en febril aturdimiento, porque iba por fin al encuentro de esa única y definitiva rectificación.